

A propósito de *Adenda Filosófica. Revista de Organología* N° 1**Francisco Torres**

Lanzada en diciembre del año pasado (2016), esta revista contiene textos y discusiones importantes, partiendo por la “Preliminar” de Zeto Borquez que encabeza el número, y otorga cierta unidad a los textos presentados¹:

“En efecto [dice Borquez] tal vez sería posible decir (es la hipótesis, o al menos la conjetura, que venimos sugiriendo) que en la sobrepuja de la pérdida de un “saber teorizar” en la que nos encontramos, las cuestiones que aquí interrogamos encuentran asidero. Estamos en una instancia de aceleración particular con respecto a la *resistencia a la teoría*, solidaria de una ‘*proletarización del saber*’ que se deja conocer de un modo mucho más general en la que repara hacía varios años Stiegler, pero no sólo él.” (Nota 1, p. 47).

Pérdida de un “saber teorizar” inscrito en un proceso más vasto caracterizado como proletarización generalizada (“Por proletarización entiende Stiegler una manera de privar a los sujetos de sus saberes: con la revolución industrial al nivel de la producción se puede hablar de pérdida del ‘saber hacer’; con el control del deseo de los consumidores y la industria cultural se puede hablar de pérdida del ‘saber vivir’; y con la automatización tecnológica y los programas numéricos que anticipan las decisiones volviendo obsoleto el raciocinio se puede hablar de una pérdida del ‘saber teorizar’”), que encontraría también su asidero, en una “proletarización intelectual” deudora de cierta práctica teórica ya *instalada*, sobre la cual Borquez trabajará, a propósito del artículo de Beverley, “El ultra izquierdismo, enfermedad infantil de la academia”. En este sentido resulta extremadamente fértil la combinatoria de Borquez, con la caracterización de Stiegler. Si es verdad, acaso, que la pérdida del saber teorizar cala no solo en base a las retenciones terciarias (para decirlo de un modo rápido) sino igualmente por ciertas prácticas teóricas *automatizadas* que forjarían una cierta proletarización del pensamiento. Como si, la pregunta por la resistencia a la teoría (y su futuro), pasara por la interrogación sobre ciertas sedimentaciones deontológicas. En este caso, se trataría dice Borquez:

1 [[Michel Serres y Bernard Stiegler, « Reinventar el saber »](#); [Bernard Stiegler, « La disrupción. Una “nueva forma de barbarie” »](#); [Antoinette Rouvroy y Thomas Berns, « Gubernamentalidad algorítmica y perspectivas de emancipación »](#); [Dominique Lestel, « Dejar vivir a las máquinas »](#); [Laurence Allard, « Sobre el Manifiesto cyborg »](#); [Thierry Hoquet, « Ecurridiza Haraway »](#); [Dominique Lestel, « La animalidad por venir. Acercándonos al tiempo de los animales transespecies »](#)].

de observar que ciertas sedimentaciones conceptuales que han ido arrastrando algunas prácticas teóricas y filosóficas configuradas especularmente en torno a unos determinados márgenes de interpretación instituido, han percolado hacia un modelo de trabajo intelectual y de toma de posición cuya *herencia programática* [s.n.], mantiene intactos los sedimentos deontológicos que le garantizaron su eficacia de origen (eficacia en relación con el programa en el cual la interpretación –o más bien su margen– se instituye y perdura en cuanto proyecto). El nivel de las sedimentaciones sobre las que arraiga esa eficacia, muestra una de sus capas de condensación en cuanto se comienzan a explorar cómo se han justificado las tomas de posición interpretativas y las líneas de demarcación, las cuales, en la medida en que se historizan, heredan, podríamos decir, “lo que es apropiado que se haga...lo que es apropiado hacer en cada ocasión”–un arte y una ciencia (y aquí estamos hablando de posiciones en la teoría, que se expresan –como quiera que se expresen– en lo que se llaman “lecturas”): de entrada –bajo los más variados zurcidos– una resistencia a la teoría, que por el modo como estos programas se fraguan resulta uno de los aspectos más complicados de desentrañar” (p. 16)

Cuestión, sobre la cual vienen insistiendo Borquez y otros desde hace un tiempo, en relación a ciertos marcos adosados, críticos y no críticos, derechamente conservadoras o de extrema izquierda, que de forma heterogénea, y con diversas “cargas deontológicas” (Borquez) y métodos (Cf. *Sobre la denegación en filosofía*) parecen siempre poder estar, y confrontarse bajo un “cierto estado neoliberal de la filosofía” (Cf. Trujillo, *La saturación*). Márgenes que Berveley expondría pero no habría sabido confrontar (“Beverley muestra una suerte de sedimentación que no es confrontada y que por lo tanto amenaza cualquier propuesta de transformación al nivel del programa (de la práctica decimos aquí)”, del mismo modo en que José Santos evita hacer toda discusión con lo que podría llamarse “agendas de pensamientos” diluyéndolas en una especie genealogía institucional (Cf. *Cartografía crítica*).

Sin embargo, las cuestiones relativas a las sedimentaciones deontológicas y las disrupciones en torno a la herencia no podrían reducirse ya, se dice, a la discusión con tal o tal programa o tal o cual corriente, aun viniéndose de hacer y continuándose en una suerte de archivo que se acumula, a pesar y aún de quienes subjetivamente se creerían (no) aludidos; ni tampoco reducirse a algo así como a una crítica de una economía y un aparato reparto (rastreadable –en agradecimientos, coloquios, fondos y dedicatorias, etc.) Cuando, sobretodo, se trataría de no sucumbir a los *efectos* de cierta programación y seguir “las estrategias, las retóricas, los simulacros, las complicidades,

los diversos puntos de condensaciones....que son funcionales a la proliferación de los diversos mecanismos de profesionalización y de pauperización”.

Un ejemplo de lo que registra Borquez: si tomamos la “Presentación” de Thayer y Oyarzun a la obra de Marchant [*Escritura y Temblor*, 2000]: “se encajan [dice Borquez] las ideas de un autor –en este caso Patricio Marchant– en marcos interpretativos que luego se comienzan a reproducir en espacios de manejo o ingresan a líneas interpretativas de reconocimiento y de administración de las teorías (este de la traducción que los editores van a llevar hasta a la cuestión del “préstamo del nombre”, servirá de palanca para interpretar el asunto del “golpe a la lengua” y “la pérdida de la palabra”, como verdaderas lecturas de la historia y de la tarea de la filosofía: esto último lo hemos abordado en “kawchu Ruminott”) y ese es el marco que se va a finalmente transmitir en cuanto comprensión filosófica: si eso se transmite así, de ese modo, programáticamente recortado para funcionalizarse a determinados espacios de producción intelectual que no hacen mucho por desvincular las sedimentaciones deontológicas que arrastran...” (p. 40). Una operación –de sutura – que determina y fija límites.

En ese sentido, para Borquez, habría: “que comenzar a pensar en un corte radical con las sedimentaciones deontológicas que [se] arrastra[n] fundacionalmente. Esto es tal vez lo más complejo, puesto que, asumiendo lo que dice Feuerhake [cf. Actual Marx, en relación a la pregunta por la trascendencia histórica que tiene un proyecto como el de la Crítica Cultural de los años 90 en Chile] ese modo de concebir el trabajo filosófico donde la historia se instala como sentido común, precisamente una vez que la historia se ha instalado de ese modo, se ha sedimentado podríamos decir en esa manera de consagrarse al “pensamiento” (en cualquier acepción que se le quiera dar a esa palabra o como quiera que se metaforice e incluso metonímize), *ya no* [s.n] es algo que le quepa a una práctica teórica restringida llamada “crítica cultural” o a un cierto ámbito llamado “estudios culturales latinoamericanos”, sino sobre todo a las posiciones y las estrategias que podrían solidarizar con lo que en determinada práctica se ha sedimentado como mecanismo reflexivo” (p. 49, ss). Como si la situación intelectual fuera extremadamente más precaria, y las sobre determinaciones de nuestra práctica, transversalmente, exhibieran una automatización mayor. De esta forma, habría que comenzar por “desmantelar los marcos interpretativos –esto es un proceso más que algo delimitable– que permite a la historia ser recibida como lo que no cambia o sólo se mantiene, de tal modo de no seguir fomentando que el cambio posible al nivel del programa teórico, que depende de la irrupción del tiempo histórico, sea, como hasta ahora, lo que no ha podido ni podría modificarse”.

ADENDA, precisamente, está proyectada como parte de una *estrategia de des-automatización*, toda vez que se trata, por un lado, de la práctica teórica *hoy* [en un momento “de aceleración particular con respecto a la *resistencia a la teoría*”] implicada en una suerte de captura que anticipa la protension y creatividad teórica.

Siendo, en cualquier caso, una práctica automatizada más [otra más] en una larga lista de saberes precarizados.

En este sentido, lo que se estaría en juego hoy -dice Borquez citando a Stiegler- se encontraría “entre los órganos somato psíquicos, los órganos artificiales y las organizaciones sociales que la ideología – es decir el relato que justifica el orden establecido- oculta en vistas de legitimar la tendencia proletarizante que conduce al ‘fin de la teoría’...”. De ahí que figure Borquez, una especie de monstruo, como objetivo: “En última instancia, lo que tratamos de rastrear es una clase de organismo (algo más que una maquina pero fundamentalmente tecnológico) que amenaza con volver obsoleto o funciona para la obsolencia de la práctica teórica en la época de la hiperindustrialización de la resistencia a la teoría”. Y se ubique a ADENDA como parte de un proyecto de Organología.

Siguiendo esta línea, una operación capaz de trizar la inercia de la sociedad automática, dependerá, no de una multidimensionalidad organologica. Al respecto creemos que una de las virtudes principales de la “Preliminar” es hacer una especie de emplazado para comenzar a desvincular sedimentaciones deontológicas que hacen de nuestra práctica teórica una práctica sumisa y obsecuente. Bien podría erigirse a la “Preliminar” bajo el actualísimo lema: ¡*sapere aude!*, en una suerte de serenidad imposible e insoportable con el “estado de cosas” actual (donde no se puede decir “sí y no” al mismo). De última, la operación de la revista invita a ello.